

Diálogo Interreligioso. Los Cristianos como Buena Noticia para el Mundo Contemporáneo

Alexander Zatyarka, sj

0. Un mundo hambriento de trascendencia.

En los últimos años se ha puesto de moda la temática del diálogo interreligioso. Este interés parecería increíble en un mundo que proclamó hace ya varias décadas la tan nombrada “muerte de Dios” y, por ende, de lo religioso. Pero este regreso con fuerza del referente confesional es ambivalente. Encontramos movimientos de revitalización de las distintas religiones mayoritarias, generalmente en la forma de movimientos laicales, que implican una adhesión más por opción personal que por tradición y un mayor compromiso en las estructuras organizativas del colectivo religioso. Se observa también una proliferación de reuniones, conferencias, grupos de oración, etc., integrados por individuos de distintas confesiones religiosas y que buscan metas comunes como la paz, la tolerancia, la justicia, la defensa del medio ambiente, etc. Constatamos de igual manera, que no obstante el deterioro que pudieron haber padecido en las últimas décadas, las grandes religiones siguen teniendo un alto nivel de aceptación y respetabilidad en los países donde se encuentran representadas. Pero por otro lado encontramos signos negativos como el crecimiento de fenómenos de reivindicación religiosa y cultural de tipo fundamentalista y violento, muchas veces como reacción a la imposición de valores culturales percibidos como extraños y nocivos.

De cualquier manera, podemos decir que en las más diversas sociedades y culturas se está dando un retorno creativo a pautas más seguras y probadas para encontrar sentido a la existencia, tal como las presentan las tradiciones religiosas milenarias. La intuición es que a través de ellas se puede lograr consensos sociales más humanos. Detrás está la decepción con las promesas incumplidas por la razón secularista de construir un mundo mejor absteniéndose de valores “trascendentales”, apoyada simplemente en la ciencia y la tecnología. Constatamos el desarrollo de una sensibilidad novedosa, que algunos autores llaman la condición “post-secular¹.”

1. La sociedad postsecular: de la tolerancia a la búsqueda de los valores religiosos

Un primer antecedente lo encontramos en el llamado “postmodernismo” con su desencanto de la condición moderna, su anuncio del final de la “única historia” y la multiplicación de los horizontes de sentido, la denuncia de los totalitarismos y la primacía del presente. Esta actitud hipercrítica con su llamado pensamiento “blando”, lúdico, estético y definitivamente irreverente, socavó los cimientos de las grandes visiones totalizantes, especialmente de los sistemas político-económicos. La visión posmoderna del mundo se burla de la razón autosuficiente, evade los grandes proyectos y se considera la manera más eficaz de estar en un mundo siempre cambiante. Encandilada con el presente, rehúsa perder el tiempo en planes y utopías y se zambulle completamente en el ahora como única realidad tangible. Su lema pareciera: “Más allá de lo que ofrece el presente, son meras especulaciones.” De esta visión se ha derivado el pretendido

¹ Uno de los grandes teólogos postseculares, John Milbank, ha realizado una dura y lúcida crítica a las pretensiones de neutralidad de la razón secular y sus limitaciones para ser vehículo universal en la búsqueda de consensos, cf. Milbank, John, *Theology and Social Theory. Beyond secular reason*. Blackwell, Oxford 2006, pp. 9-48.

“hedonismo contemporáneo”, el relativismo en todos los campos, la falta de utopías, etc. En realidad, el principal servicio de esta reacción a la soberbia humana, fue poner en evidencia que el orden social que había desterrado toda referencia de Dios o del trascendente estaba entrando en una profunda crisis².

Algunos teólogos católicos hicieron un esfuerzo importante por entender este nuevo sujeto social, tratando de explicar su emergencia y encontrarle su lado positivo. Vale mencionar, especialmente, a José María Mardones, quien supo vislumbrar quizá mejor que nadie, lo que estas nuevas visiones representaban de reto y oportunidad para la fe católica³. Más allá de la queja muy oída de la dificultad de transmitir la fe a los ambientes contemporáneos, algunos teólogos vieron en ellos la posibilidad de reencontrarse con elementos adormilados en nuestra tradición cristiana, como la riqueza de los lenguajes simbólicos, la manifestación estética del misterio trascendente y la necesidad de estructuras más inclusivas para buscar juntos una auténtica universalidad. Esta recuperación de los aspectos positivos de las culturas contemporáneas desencantadas con la razón moderna y sus promesas incumplidas, implicó también una visión realista de las limitaciones del talante posmoderno, especialmente su posible derivación en consumismos, nihilismos destructivos, o la muy real “tiranía del relativismo”.

Una vez preparado el terreno por la crítica radical del postmodernismo surge con fuerza lo que se ha llamado postsecularismo, o condición postsecular, que describe la situación de muchas sociedades contemporáneas, especialmente en los países de tradición europea occidental. Lo postsecular describe a las sociedades que se sienten más allá de la visión secular o secularista y sus verdades consideradas como fundamentales: en especial la neutralidad del “discurso científico”, necesariamente no confesional, como espacio ideal para el intercambio de ideas.

La sociedad secular occidental consideraba su racionalidad como la referencia fundamental y privilegiada (cuando no única) de acercamiento a la realidad. La colectividad debía estar regida por criterios denominados laicos y se esperaba que exigiera que el espacio común funcionara con esas reglas del juego. El lenguaje religioso estaba mal visto o inclusive prohibido. Las visiones alternativas de la realidad, como por ejemplo la religiosa o la mágica, la artística o la simplemente tradicional, quedaban rebajadas a la condición de irracionales y desterradas de la plaza pública. El concepto “incuestionable y fundamental” era la laicidad, entendida ésta como ausencia de referencias sobrenaturales, transcendentales o confesionales de cualquier tipo.

Con la crisis del modernismo, algunos de estos fundamentos seculares, o más radicalmente, secularistas, empezaron a tambalearse. Se vio claramente que la pretendida neutralidad del discurso no confesional, laico, era una falacia. Una visión secular de la realidad era en sí misma una opción de perspectiva que limitaba la posibilidad de optar por otras visiones. También quedaba claro que algunos seguidores de este enfoque en ocasiones tenían actitudes tan intolerantes y excluyentes como las del más pintado fundamentalista confesional. Y, principalmente, se hacía evidente que la racionalidad “secular” había demostrado ser incapaz para desarrollar una sociedad “sustentable”, y para transmitir los valores que consideramos como “humanos”. Las consecuencias de la tecnolatría se hacían evidentes: concentración de la riqueza, explotación incontrolada de la naturaleza, guerras por el control de los insumos, etc. Con ese modelo se ponía en

² Cf. Borgmann, Albert, *Crossing the Postmodern Divide*, University of Chicago Press, Chicago 1992, pp. 110-148.

³ Especialmente a través de sus dos obras principales en este sentido: *El desafío de la postmodernidad al cristianismo* (Cuadernos fe y Secularidad, 1988) y la versión más extensa *Postmodernidad y cristianismo* (Sal Terrae, 1988)

cuestión la misma viabilidad del planeta y la supervivencia humana. En resumen, había que buscar nuevos derroteros.

Algunas voces, cada vez más numerosas, empezaron a proponer que más que una laicidad instaurada a priori y declarada oficial, se buscara llegar a consensos sociales donde diversas propuestas de sentido se hicieran presentes para dialogar entre sí. En esos espacios, cada participante podría expresarse en función de sus convicciones, religiosas o no, sin que nadie fuera excluido del intercambio de ideas. En el ideal de este mundo postsecular cada persona o colectivo afin, habla desde sus convicciones de vida sin necesidad de avergonzarse de ellas, o de tener que pedir permiso para expresarlas. Quien es creyente puede hablar como creyente y fundamentar su discurso en los referentes propios de su opción confesional. Quien no lo es, puede utilizar un lenguaje apropiado a su marco de referencia. Nadie es silenciado, nadie tiene el poder de decidir cuál es el “medio” de encuentro más adecuado. Este “espacio de diálogo” sería parte de la búsqueda común. Claro está que habría que buscar un lenguaje y estructuras para facilitar estos encuentros, pero el hecho de que se estén dando foros donde se abordan problemas centrales a la civilización contemporánea, con representantes de las más variadas opciones confesionales y políticas, es ya prueba de que estamos en una nueva época⁴.

2. Abriendo espacio para el diálogo interreligioso: distintos tipos de diálogo.

Uno de los foros donde se está dando esta nueva búsqueda de sentido es aquel que reúne a seguidores y practicantes de las distintas tradiciones religiosas. Son lugares de encuentro donde los participantes tratan de poner en común su experiencia de vida desde la fe que profesan, para tratar de enriquecerse mutuamente y buscar entender de manera más completa el misterio que es el ser humano y encontrar de manera común respuestas a inquietudes comunes. Para los cristianos, debe ser objeto de mucha satisfacción constatar que su religión está presente en prácticamente todos estos espacios de diálogo. Una buena parte de ellos son iniciativas de individuos o colectivos cristianos. Casi todas las facultades de teología incorporan con interés y seriedad el estudio de las diferentes tradiciones religiosas. En el ámbito católico, podemos destacar las comisiones vaticanas, como el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, y los esfuerzos de las iglesias locales, especialmente aquellas localizadas en países con altos niveles de pluralismo religioso⁵.

Sin embargo no todo esfuerzo por acercar a creyentes de distintas tradiciones tiene un carácter académico ni es parte necesariamente de un esfuerzo organizado. Existen muchos tipos de diálogo que ya se van dando en las sociedades contemporáneas, cada vez más pluralistas en su composición. Michael Amalados propone la existencia de varios tipos de diálogo, cada uno con su importancia y características propias⁶.

En primer lugar está el llamado diálogo de “compartir la vida”. Este se refiere a la realidad que viven muchas personas cuyos vecinos y compañeros de trabajo pertenecen a distintas tradiciones religiosas. En el encuentro cotidiano, estos adherentes a distintas tradiciones religiosas aprenden a encontrarse con el otro tal y como es, rompiendo muchos prejuicios y estereotipos, capacitándose para reconocer y apreciar todo lo positivo

⁴ Interesante en este sentido es la propuesta de creación de espacios de discusión plural, llamados “polilogos”, como lo sugiere la Filosofía Intercultural: cf. Fornet-Betancourt, Raúl, *La transformación intercultural de la filosofía*, Desclée, 2001.

⁵ En este sentido consultar la Instrucción del Consejo Pontificio sobre *Diálogo y anuncio* (Roma 1991) y los escritos de su director: Poupard, Paul, Card. (1998), “Evangelio y cultura en los umbrales del III Milenio” address at the University “La Sapienza”, (26.05.98). Poupard, Paul, Card. (1999), *Towards a Pastoral Approach to Culture*, Pontifical Council for Culture, (23.05.99).

⁶ Amalados, Michael, “Dialogue and Mission”, Interview in *Columbans*, [on line] <<http://indigo.ie/~columban/amalad.htm>> [consultado 10.11.2002]

que encuentran en el vecino o compañera. Cada vez se ve más, a este nivel, que personas de distintas religiones participen en los ritos importantes de las tradiciones de sus vecinos y colegas, adentrándose en su significado y apreciando lo que tienen de positivo. Este tipo de diálogo es tal vez el más extendido y probablemente el más fructífero.

Existe también el llamado diálogo académico con base a los fundamentos doctrinales de cada tradición. Este por lo general involucra a expertos de cada religión, que tratan de presentar las bases dogmáticas de su fe, esforzándose por hacerlas accesibles a sus pares en el diálogo. En ocasiones se va más allá tratando de encontrar espacios de encuentro, conceptos o vivencias comunes. Se han dado casos en los que inclusive se busca elaborar un lenguaje común para tratar de describir su cosmovisión y su ethos o pautas de conducta moral. Este tipo de diálogo es muy importante, pero necesariamente es limitado, ya que requiere un conocimiento académico de la propia tradición y un interés por ponerla en contacto con otras tradiciones. Con todo, regularmente se encuentran representantes, por ejemplo del cristianismo y el judaísmo, cristianismo e Islam, cristianismo y budismo, así como encuentros entre más de dos tradiciones. Las actas realizadas y las memorias de congresos son una fuente privilegiada para quienes quieran estudiar estos acercamientos o quieran enriquecer su propia tradición religiosa.

Otro tipo de encuentros es el denominado diálogo de espiritualidades. Surgieron al constatar que el diálogo basado en conceptos doctrinales se hacía muy difícil y en ocasiones parecía llevar a callejones sin salida. Se comprobó que al hablar de la experiencia de trascendencia, sin pretender definirla metafísica o doctrinalmente, se encontraban más puntos en común y se facilitaba el diálogo entre seguidores de tradiciones distintas. Especialmente valiosos han sido los diálogos entre distintas tradiciones monásticas, que al poner en común su pedagogía espiritual y su vivencia de encuentro con el Misterio, han constatado con agudeza las similitudes y particularidades de sus respectivos caminos. Vale la pena destacar el esfuerzo que han realizado para encontrar un lenguaje común, donde destaca la declaración de los llamados “ocho principios para el entendimiento interreligioso”, que registra Thomas Keating en su libro *Speaking of Silence*⁷. Por ser un ejemplo concreto de los frutos de este tipo de diálogo vale la pena enumerarlos:

1. Las religiones del mundo dan testimonio de su experiencia de la Realidad Última, a la cual dan varios nombres: Brahman, el Absoluto, Dios, Alá, el Gran Espíritu, el Trascendente, etc.
2. La Realidad Última sobrepasa cualquier nombre o concepto que se pueda darle.
3. La Realidad Última es la fuente (fundamento del ser) de toda la existencia.
4. Fe se refiere a la apertura, entrega, y respuesta a la Realidad Última. Esta relación precede a cualquier sistema religioso.
5. El potencial para la plenitud humana –o como se le denomina en otros marcos de referencia: liberación, trascendencia, iluminación, salvación, unión que transforma, Moksha, Nirvana, Fana, etc. – está presente en cada persona humana.

⁷ Citado en: Teasdale, Wayne, “Interreligious Dialogue since Vatican II”, *Spirituality Today*, Vol. 43, No. 2, Summer 1991, 119-133. Teasdale considera que a un nivel místico, las religiones tienen mucho que compartir, pero al nivel académico, las palabras pueden entrometerse y lo hacen, impidiendo este tipo de comunicación más profunda. Este autor también considera que si bien el diálogo académico es muy importante, nunca debe perder de vista el núcleo místico que sustenta cada tradición religiosa.

6. La Realidad Última se puede experimentar no sólo con prácticas religiosas sino también a través de la naturaleza, el arte, las relaciones humanas y el servicio a otros.
7. Las diferencias entre sistemas creencias se deben presentar como hechos que los distinguen, no como elementos de superioridad o inferioridad.
8. Teniendo en cuenta la globalización de la vida y cultura ahora en proceso, los principios éticos personales y sociales propuestos por las religiones del mundo deben ser repensados y expresados en términos adecuados a la sensibilidad contemporánea. Es de importancia crítica que las religiones se relacionen una con otra dentro de su responsabilidad común de orientar el mundo en la dirección de la transformación basada en amor y la compasión, que son los principios morales y espirituales más altos de todas las religiones históricas.

Un cuarto nivel de diálogo interreligioso sería aquel fundamentado en la búsqueda de metas comunes, sobre todo, la de mejorar la situación de los hombres y mujeres del mundo. Esto se da cuando adherentes a distintas religiones trabajan en proyectos comunes, como la búsqueda de la justicia, la obtención de obras de infraestructura productiva, en educación o en salud, etc. Constatar que todos tienen una visión convergente de búsqueda del bien común, ayuda a encontrar al otro como aliado y amigo. De ahí se pasa naturalmente a tratar de entender la manera en que las respectivas religiones le sirven a sus seguidores como fundamento para estas opciones éticas.

Todos estos distintos niveles de diálogo interreligioso ayudan a las diversas tradiciones religiosas para responder de manera común a las expectativas del mundo contemporáneo por encontrar en su sabiduría pistas para la búsqueda de un horizonte de sentido común. Es por eso que los cristianos están invitados a participar de manera activa en estos espacios de encuentro, tomando en cuenta que la misión evangelizadora hoy en día se llama precisamente “diálogo interreligioso”. Pensemos ahora un poco lo que este llamado representa para la comunidad cristiana y qué es lo que ella puede brindar como contribución específica a esta búsqueda común.

3. Los cristianos y el diálogo interreligioso: ¿una novedad?

Si nos fijáramos únicamente en los últimos 10 siglos de tradición cristiana, podríamos pensar que el diálogo interreligioso es una novedad para la Iglesia. Y las actitudes que encontramos en muchos cristianos, hasta hace apenas unas décadas, parecen apoyar esta imagen⁸. Conocemos el estereotipo del “inquisidor” intransigente, perseguidor de todos los que no pensaban como él. En este imaginario propio de la “leyenda negra”, los cristianos son presentados como opresores, fundamentalistas e incapaces de entender la riqueza de otras maneras de pensar.

Esta representación no es del todo inmerecida. Es fruto de siglos de conciencia de cristiandad, cuando la mayoría de las comunidades cristianas quedaron privadas de la convivencia con otras tradiciones. En la sociedad europea y después en las colonias americanas, la inmensa mayoría de las personas eran cristianas. Al no convivir con seguidores de otras religiones, los cristianos desarrollaron imágenes prejuiciadas de ellos. Los pocos no cristianos con los que se convivía (principalmente judíos y musulmanes), se convirtieron en los enemigos por antonomasia, los chivos expiatorios por cualquier mal

⁸ En este sentido es muy iluminador el siguiente artículo: Estrada, Juan Antonio (2000), “El cristianismo en una sociedad multirreligiosa y plural”, Manuscript, [on line] <<http://www.exodo.org/textos/23.htm>> [consultado 22.02.2005]

que le acaecía a la sociedad. Esta figura del cristiano prepotente y destructor, en realidad tenía más que ver con el carácter expansivo y hegemónico de las culturas europeas que con los fundamentos de la religión cristiana. Lo triste es que muchas de las estructuras eclesiales, así como las actitudes de fieles y pastores, se vieron influenciadas por estas ideas de dominación y superioridad.

Pero nada tan lejano de la realidad propia de la tradición cristiana y el evangelio. La fe en Cristo es por esencia dialogante. No puede dejar de serlo sin perder una parte fundamental de su naturaleza: la acogida incondicional del otro. El diálogo es uno de los componentes fundamentales de la Iglesia desde sus inicios. Ella surgió precisamente dentro del contexto del diálogo con un mundo pluralista. Los cristianos vivían inmersos en el mundo social, político y cultural de su época, inclusive en medio de las grandes persecuciones. Seguros en su fe, no dejaban de apreciar lo que encontraban de positivo en su entorno. En la convivencia cotidiana con los seguidores de las otras grandes religiones del Imperio Romano y con los discípulos de las grandes escuelas filosóficas, los cristianos encontraban un testimonio de integridad moral que les impulsaba a apreciar los elementos positivos de esas tradiciones. Grandes teólogos, como San Justino, San Ireneo y San Clemente de Alejandría, elaboraron un pensamiento teológico cristiano que daba cuenta de la presencia del Espíritu del único Dios en las diversas tradiciones religiosas no cristianas. Es a lo que llamaron “semillas de la Palabra”.

Por su parte, el testimonio de vida de la comunidad cristiana motivó a más de algún gran pensador de la antigüedad a preguntarse por los fundamentos de la nueva religión y hasta decidirse por adoptarla. Por siglos la fe cristiana siguió su crecimiento a través del testimonio y la exposición dialogante de aquello que los cristianos llamaban la Buena Noticia. Frente a situaciones de persecución e incompreensión, las incipientes comunidades encontraban en su fe motivos para perseverar y dar un testimonio para muchos incomprensible: el del amor y compasión sin límites, inclusive para con aquellos que los atacaban y perseguían. Es muy conocida la Carta a Diogeneto (o Diogneto), escrita probablemente en Atenas hacia finales del siglo II de la Era Cristiana. Este escrito nos presenta la forma como un observador externo describe lo que encuentra dentro de las comunidades cristianas clandestinas. Vale la pena citar textualmente dos de sus párrafos:

“Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su lengua, ni por sus costumbres. En efecto, en lugar alguno establecen ciudades exclusivas suyas, ni usan lengua alguna extraña, ni viven un género de vida singular, [...], habitando en las ciudades griegas o bárbaras, según a cada uno le cupo en suerte, y siguiendo los usos de cada región en lo que se refiere al vestido y a la comida y a las demás cosas de la vida, se muestran viviendo un tenor de vida admirable y, por confesión de todos, extraordinario. Habitan en sus propias patrias, pero como extranjeros; participan en todo como los ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña les es patria, y toda patria les es extraña.

Se casan como todos y engendran hijos, pero no abandonan a los nacidos. Ponen mesa comen, pero no lecho. Viven en la carne, pero no viven según la carne. Están sobre la tierra, pero su ciudadanía es la del cielo. Se someten a las leyes establecidas, pero con su propia vida superan las leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los desconoce, y con todo se los condena. Son llevados a la muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos. Les falta todo, pero les sobra todo. Son deshonorados, pero se glorían en la misma deshonra. Son calumniados, y en ello son justificados. Se los insulta, y ellos bendicen. Se los injuria, y ellos dan honor. Hacen el

bien, y son castigados como malvados. Ante la pena de muerte, se alegran como si se les diera la vida⁹.”

Podemos decir que este es un bellissimo testimonio de la manera como el estilo de vida de los cristianos se fue convirtiendo en la mejor carta de presentación de la nueva fe. Quienes observaban este “tenor de vida admirable y extraordinario”, se interesaban por conocer sus fundamentos. Entonces venía el momento de la exposición de la fe, de compartir la Buena Noticia en un espíritu dialogante. Y es que no podía ser de otra manera. Un elemento fundamental de la Buena Noticia de Jesús es lo que se ha llamado la lógica del Reino, o la lógica del “poder del no-poder, de no usar el poder”.

El origen de esta actitud la encontramos en la misma práctica de Jesús durante su vida activa, y de manera especial, en su pasión y muerte. Cualquiera persona que se le acercara encontraba en él acogida. Todos se sentían amados por él, sin que se les pidiera nada a cambio, sin que tuvieran que dejar de ser quienes eran. Para muchos de ellos eso constituía una auténtica sorpresa. Acostumbrados a ser etiquetados y, por lo general, minusvalorados, no caían en su asombro al ver a un Rabí, un maestro, que les reconociera su valor y les regresara su dignidad. Para ellos y ellas, el encuentro con Jesús se convertía en una Buena Noticia concreta.

Bien sabemos que no todos terminaban contentos de su encuentro con Jesús. Los había que se sentían amenazados por él. En esta situación encontramos a todos aquellos que se habían sobrevalorado a sí mismos, poniéndose por encima de los demás. Temían perder sus prerrogativas y ventajas. El bien de los demás lo percibían como menoscabo de sus privilegios. Esta actitud defensiva se agravaba cuando Jesús les cuestionaba el origen divino de sus pretensiones. El centro del mensaje de Jesús era el Reino de su Padre, un lugar donde se manifestara el amor infinito de Dios y donde todos se comportaran como hermanas y hermanos. Este mensaje iba en oposición directa a las presunciones de exclusividad de las elites religiosas judías. De ahí su reacción violenta en su contra.

Sin embargo, para los que no medraban de los privilegios religiosos, el mensaje de Jesús de un Dios cercano, compasivo y misericordioso, era sin duda alguna una Buena Noticia. El encuentro con un Dios que los amaba tal como eran y así les restituía su dignidad era solamente el principio de un proceso de transformación. Las mujeres y los hombres que se habían sentido amados así (“el nos amó primero”) advertían cómo crecía en ellos un dinamismo interior que les impulsaba a tener las mismas actitudes de su Maestro. “Como él nos ha amado, así estamos llamados a amar nosotros”. De esta manera se convirtieron los cristianos en Buena Noticia para el mundo de su época. Eso es lo que nos presenta la carta a Diogeneto.

Tal vez hicieron falta miles de años y la reconfiguración de la sociedad contemporánea para que el cristianismo volviera a recuperar su vocación dialogante¹⁰. En la actualidad nos movemos en un mundo cada vez más pluralista. Inclusive en sociedades tradicionalmente homogéneas, como la mexicana, nos encontramos con adherentes a las más variadas tradiciones religiosas y filosóficas. Estas condiciones nos facilitan la posibilidad de involucrarnos en algunos de los tipos de diálogo descritos anteriormente. Con todo, es importante hacer una reflexión sobre lo que los cristianos pueden llevar, como su contribución fundamental, a estos espacios de búsqueda del bien común. Se trataría de recuperar su vocación de ser Buena Noticia para el mundo.

⁹ *Carta a Diogeneto* (Cap. 5-6; Funk 1, 317-321)

¹⁰ Colzani, Gianni, “Theology of Mission after Vatican II”, *Omnis Terra*, n. 313, enero 2001.

4. Los cristianos como Buena Noticia para el Mundo Contemporáneo

Si tuviéramos que pensar cuál sería la contribución de los cristianos al diálogo interreligioso, habría que decir que sería constituirse en una Buena Noticia para los demás. Hay que recordar que ese es el sentido del término Evangelio y Evangelizar. Los cristianos no sólo llevan una Buena Noticia para compartir, sino que deben constituirse en una Buena Noticia para el mundo contemporáneo. En este último segmento de mi intervención, quisiera hacer algunas reflexiones sobre lo que esto significa.

Ser Buena Noticia es posible en la medida en que se vive como Encuentro y Misión con Cristo. Los cristianos no son propagadores de ideas o sistemas. Son seguidores de una persona concreta: Jesús de Nazareth¹¹. El encuentro con Jesús como Señor de la Vida es la experiencia fundante de todo auténtico cristiano. Empezando con los apóstoles y siguiendo a lo largo de dos mil años, infinidad de hombres y mujeres encontraron en la persona de Jesús un sentido novedoso para sus vidas. Podemos preguntarnos en qué consistió esta novedad. De entrada, Jesús aceptaba a todas las personas como eran. Nadie tenía que ganarse su cariño y acogida. Esta era gratuita y de esa manera Jesús mostraba cómo es el corazón de Dios: abierto, compasivo, misericordioso.

Cuando alguien se acercaba a Jesús, llegaba cargado de su historia personal, positiva y negativa. Muchas veces llegaba cargado de las etiquetas que la sociedad o sus propias acciones le habían impuesto. Ante Jesús llegaban gentes que se sentían pescadores ignorantes, cobradores de impuestos traidores de su pueblo, prostitutas con la dignidad perdida, leprosos que trataban de entender por qué los había castigado Dios. Al llegar con Jesús se encontraban que él no creía en etiquetas. Para él todos eran seres humanos, hermanos y hermanas, con una potencialidad insospechable de crecimiento y plenificación. Jesús dejaba de lado los epítetos y se dirigía a la persona, al núcleo de su identidad como imagen y semejanza divina. Podríamos decir que les restituía su dignidad y les mostraba toda su potencialidad. Donde todos veían a un pescador testarudo e impulsivo, Jesús vio a quien podía ser pilar de su Iglesia. Donde la sociedad veía a una prostituta, objeto de compra y venta, Jesús descubrió a una mujer con una capacidad infinita de amar, inclusive cuando significara poner en riesgo su vida. Encontrarse con alguien que veía lo mejor en ellos, esa siempre fue una Buena Noticia para quienes se topaban con Jesús.

Este primer encuentro transformante era sólo el inicio de una vida nueva. Jesús se comprometía a acompañar a sus seguidores a lo largo del proceso de llegar a ser todo lo que estaban llamados a ser, es decir, a encontrar su verdad ontológica. Eso implicaba irles descubriendo quiénes eran en verdad y ayudarles a que fueran haciendo concretas esas posibilidades en el día a día. Ese era el compromiso de Jesús, ese el sentido profundo del discipulado. Esta segunda parte del proceso la podríamos denominar una misión. Una vez revelada la potencialidad de vida en cada persona, con sus especificidades propias de las notas constitutivas de cada quién, Jesús les invitaba a poner en juego esos dones, esos “talentos” en la construcción del bien común, del proyecto de Dios para la creación, que Jesús gustaba de llamar el Reino de Dios. Todos tenían su granito de arena que aportar a este proyecto. Nadie podía ocupar su lugar, ni sustituir su aporte.

Jesús hacía sentir esta responsabilidad y dignidad a cada uno de sus seguidores. Él los enviaba con el encargo de reproducir en su trato con los demás, lo que habían experimentado anteriormente con él: “ámense los unos a los otros como yo los he amado”. Por lo tanto los apóstoles estaban en el mundo como su maestro les había mostrado con su testimonio: recibiendo sin condiciones a todos, amándolos, buscando siempre lo mejor

¹¹ Cf. Kealy, Sean P., “Jesus’ Approach to Mission”, *AFER*, Vol. 41, n. 2-3, April/June 1999.

en cada persona y finalmente comprometiéndose para que esas mejores potencialidades se fueran haciendo realidad en el día a día de la gente. De esta manera los discípulos, como su maestro, se convertían en Buena Noticia, en vida, para los demás.

Lo que valió para los contemporáneos de Jesús, ha valido y vale para todos sus seguidores a través de los siglos. Todos los cristianos estamos invitados a ser, de esa manera, Buena Noticia para quienes nos rodean. Al participar en el diálogo interreligioso, el cristiano debe de recibir a sus interlocutores con la misma actitud de Jesús: apertura y amor incondicional. Y más allá de esa primera condición debe también seguir al Maestro en los siguientes pasos: primero empeñarse por encontrar lo mejor que hay en el otro. En el caso de las tradiciones religiosas, implica acercarse a ellas con reverencia y respeto, reconociendo el actuar del Espíritu en estos caminos de humanización. Dejarse asombrar por la riqueza que encuentra y empeñarse porque todo lo positivo de su naturaleza se siga manifestando en la vida de esos colectivos. El cristiano está llamado a comprometerse a ayudar a los budistas a ser mejores budistas, a los musulmanes a ser mejores musulmanes, y así con cada tradición religiosa. Con todo, hay que destacar que también el cristiano se beneficia y recibe una Buena Noticia por parte de estas tradiciones. Y eso nos lleva al segundo elemento fundamental para que los cristianos sean una Buena Noticia en el mundo actual.

Toda auténtica misión cristiana implica un proceso de conversión¹². Ya desde los inicios de nuestra fe, constatamos en los seguidores de Jesús un proceso de transformación constante. Tomemos dos ejemplos paradigmáticos: Simón Pedro y Pablo de Tarso. Siguiendo la vida de estos apóstoles de Jesús a través de las Sagradas Escrituras, podemos constatar un proceso de conversión, de re-dirección de la vida (o de aspectos de la vida) de manera que reflejasen más y más los valores del Reino, la Buena Noticia de Jesús. Simón pasa de pescador de oficio a pescador de hombres, pasa de hombre de poca fe a ser Pedro (roca), digno de ser cimiento de su Iglesia, pasa de traidor cobarde al negar a su Maestro, a pastor encargado de sus ovejas, y ya como líder de la comunidad cristiana pasa de ser un judío mojigato ante los gentiles, a dar cabida en su corazón a todos aquellos a quienes el Espíritu llamaba al seno de la comunidad cristiana. No tenemos datos escriturísticos de los últimos años de Pedro, más allá del tipo de muerte con el que dio gloria a Dios, pero podríamos afirmar que este proceso de conversión permaneció hasta sus últimos momentos. Dios siempre lo siguió asombrando, invitándolo a más, acompañándolo en esta transformación de su ser. Pedro fue convertido por Jesús, desde luego, pero también fue convertido por sus hermanos discípulos, fue convertido por Cornelio y su familia, fue convertido por Pablo y la comunidad antioquina. Supo encontrar y escuchar la voz de Dios en todas estas voces.

Algo similar encontramos en Pablo cuando pasa de fariseo perseguidor de la Iglesia a apóstol de los gentiles. En su camino encontramos al Señor Jesús personalmente, llamándolo a la conversión, pero también encontramos a personas a través de las cuales le habla el Señor: Ananías de Damasco, los líderes de la Iglesia de Antioquía, Bernabé, Lidia, los ancianos de la Iglesia de Éfeso, y muchas más personas. Pablo, como Pedro, sigue un proceso permanente de conversión, de re-ajuste de sus categorías, dócil al Espíritu, de manera que sus actitudes y sus acciones reflejen cada vez más el ideal cristiano, la lógica del Reino. Pablo deja que Dios lo haga cada vez más Buena Noticia para los demás. Y Dios lo cambia enviándole a otras personas que se convierten en Buena Noticia para él.

Los cristianos participantes en el diálogo interreligioso deben estar concientes que éste será motivo de conversión para ellos. El Espíritu de Dios les hablará a través de las voces

¹² En este apartado resumo mi visión de la propuesta de un importante misiólogo contemporáneo, Peter Phan. Cf. *Conversion and Discipleship as Goals of the Church's Mission*, manuscrito del autor, enero 2002.

de los seguidores de las otras tradiciones y les invitará a procesos de re-dirección en su vida, de manera que su testimonio se ajuste cada vez más al proyecto de Dios concretado en su Reino. Convivir con budistas, musulmanes, judíos y seguidores de todas las otras tradiciones religiosas milenarias hacen del cristiano un mejor cristiano. Quien se encuentre en algún tipo de diálogo religioso y no se sienta interpelado a profundizar en su fe y seguimiento de Cristo, es probablemente que no se tome el trabajo del diálogo en serio.

Decíamos que los cristianos dan y reciben en estos foros de encuentro entre las religiones. Ellos se hacen Buena Noticia y reciben una Buena Noticia, evangelizan y son evangelizados. Cada individuo lleva a este proceso los dones/carismas que Dios le otorgó para poner al servicio de los demás. Sin embargo, hay algunas aportaciones comunes a todos los cristianos, que vienen a complementar y profundizar su puesta en juego de los dones individuales. Pasemos a describir ahora algunas de éstas aportaciones del colectivo cristiano al diálogo religioso para poder ser efectivamente Buena Noticia para todos. En mi ayuda quisiera evocar los aportes de varios grandes pensadores cristianos contemporáneos sobre el sentido de la Misión dialogante de la Iglesia en el mundo plural de hoy.

Ser Buena Noticia implica presencia, revelación y proclamación. El anterior Maestro general de la Orden de Predicadores, Timothy Radcliffe, considera que la misión cristiana en diálogo con el mundo contemporáneo, al que define como cambiante y “huidizo”¹³, requiere en un primer momento que los cristianos se hagan presentes en los lugares donde el sufrimiento, la injusticia, la falta de sentido, piden una voz de alivio. Lo que ha hecho creíble el mensaje cristiano a lo largo de la historia es su compromiso con los más desvalidos, con los que son empujados al margen o, en términos más acordes al la realidad contemporánea, con los que son excluidos, con los que “sobran”. Es en esas “grietas”, en las “heridas abiertas” de una humanidad rota, donde los cristianos han de presentarse, es en esos espacios donde deben insertarse para llevarles la Buena Noticia. Aunado a este servicio encontramos la necesidad de ayudar a que se revele la presencia de Dios en lo pequeño e insignificante. Radcliffe lo considera una nueva Epifanía. En un mundo acostumbrado a patrones superficiales de estética consumista, el cristiano debe des-velar la belleza misteriosa presente en la vida de los humildes y sencillos, de los “pobres de Yahvé”. Junto con el Señor estamos llamados a proclamar jubilosamente que la voluntad de Dios ha sido la de revelar lo importante especialmente a los pequeños y sencillos. Finalmente, el cristiano dialogante ha de proclamar su fe. Esto no quiere decir que sea el detentador de la última verdad. Más bien quiere decir que está llamado a ser alguien que vive una espiritualidad de veracidad y una vida de contemplación. Porque ha contemplado el Misterio, después puede hacer de su vida toda una proclamación de las verdades que ha contemplado. El creyente está llamado a ser un predicador de la Palabra que ha aprendido en el ascetismo de la veracidad, reconociendo su humildad frente al misterio, reconociéndose “alegremente inacabado”. Estas actitudes, vividas a plenitud, constituyen a los cristianos en un testimonio invaluable, una auténtica Buena Noticia para sus contemporáneos.

El cristiano está llamado a convertirse en un “amigo” de todos y así ser Buena Noticia. Otro dominico, en este caso misionero por muchos años entre el mundo musulmán, Chrys Mc Vey¹⁴, considera que el eje fundamental de la misión cristiana y de su participación en los procesos de diálogo interreligioso, se pueden resumir con la expresión inglesa “befriending”, que podríamos traducir como “hacerse amigos”, confraternizar. Sólo

¹³ Ver su artículo-conferencia para el Servicio de Documentación e Investigación (SEDOS) sobre la temática de la Misión Cristiana en el Mundo Contemporáneo: *Misión en un mundo prófugo: futuros ciudadanos del Reino*, conferencia impartida en la sede del SEDOS en su reunión anual del año 2000.

¹⁴ Cf. Mc Vey, Chrys, *Befriending, the Heart of Mission*, texto preparado para la conferencia anual de SEDOS en la sede de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, Roma octubre 2002.

de quien sentimos un compromiso personal con nosotros, con nuestra vida y proyecto, estaremos dispuestos a recibir consejo y ayuda. Quien me demuestra estar dispuesto a dar su vida por mí, puede alcanzar una autoridad moral ante mí. Y eso, lo viven los auténticos amigos. Este proceso de “hacerse amigos”, según Mc Vey, tiene varias etapas importantes. Primero implica crecer en la conciencia de sí mismo. ¿Quién soy yo y qué es lo que tengo para aportar a una relación de amistad? Esto no quiere decir que primero tenga que responder a esta pregunta. Precisamente en el proceso de confraternizar empiezo a entender mejor quien soy yo y qué dones me ha dado Dios para compartir. Es el otro el que me abre los ojos, quien me revela quién soy. En el diálogo interreligioso, los seguidores de las otras tradiciones pueden ayudarnos mucho a entender qué significa ser cristiano, qué podemos aportarles nosotros.

Esto nos lleva a los otros dos grandes componentes del proceso: por un lado la apertura al cambio (saber escuchar y “afectarse” por lo que oigo) y, finalmente, una conciencia comunitaria. La apertura al cambio nos permite conocer a Jesús y su proyecto desde los ojos de los creyentes de otras tradiciones religiosas. Ser concientes de que el Señor tiene algo que decirnos a través de ellos. La segunda parte, la conciencia de comunidad, implica redimensionar lo que somos como Iglesia, profundizar en nuestra identidad cristiana y, tal vez lo más importante, entender que somos “comunidad para los demás”. La Iglesia está al servicio del mundo y no al revés¹⁵. Su vocación es amar y servir, dar testimonio de un Dios que “viene a servir.” Esa es la actitud propia de su mensaje, eso la constituye en Buena Noticia.

La misión de los cristianos, como la de Jesús, es la de transparentar a Dios como Padre, cuya naturaleza más profunda es el amor y a través de eso “consolar” al mundo. Eloy Bueno de la Fuente sugiere que la misión cristiana parte de la Misión que se da hacia adentro de la propia Trinidad¹⁶. Creemos en un Dios que no es una mónada vertida sobre sí misma, sino en un Dios que es comunidad de amor. Parte de la dinámica inmanente de este Dios es su deseo de compartir la vida. Ese es el fundamento del auténtico amor, hacerse vida para los demás, entregarse, “vaciar” en el otro para que así tenga vida. El Dios en el que creen los cristianos está de esta manera involucrado en su creación y se relaciona con ella como se relacionan internamente las tres personas trinitarias. La vida de Jesús de Nazareth ha puesto en un lenguaje accesible a la capacidad de entendimiento humana, el misterio del amor eterno de la Trinidad¹⁷. En otras palabras, Cristo, sus palabras y acciones, nos muestra cómo es Dios, como ama Dios. Nuestro papel es crecer en la conciencia existencial de este misterio, constatándolo primero en nuestras vidas y, acto seguido, compartiéndolo con los demás. En Cristo, Dios se nos ha manifestado como un Padre que nos ama con “entrañas conmovidas”. Tanto nos ha amado Dios que nos envía a su Hijo, en un primer término para realizar una misión de consuelo. Dios consuela a su pueblo. Y consuelo no tiene nada que ver con resignación. Es sentirse restituido a la dignidad que le es propia como Hijo o Hija de Dios y entender también toda la potencialidad que eso significa para reorientar la vida. Es por eso que la misión cristiana y uno de sus aportes fundamentales a estos procesos de diálogo tiene que ver con un “oficio de consolación” bien entendido.

¹⁵ Ver en este sentido también: García, José A. (1992), “Pluralismo cultural y ‘apuesta’ evangélica. Por una fe humilde y confesante”, *Sal Terrae*, Tomo 80, No. 8

¹⁶ Bueno de la Fuente, Eloy, “ El Padre: Origen y Contenido de la Misión, *Boletín Sedos*, SEDOS (Servicio de Documentación y Estudio sobre la Misión, on-line: www.sedos.org/spanish/Bueno.html <consultado 05.09.2007>

¹⁷ Cf. Amaladoss, Michael, *The Trinity on Mission*, manuscrito del autor, 2001.

5. Conclusión

Vivimos en un mundo cambiante, donde el futuro de la humanidad aparece tal vez más amenazado que nunca. Se acumulan día con día los datos que nos demuestran que la manera como estamos organizados y como explotamos el mundo en que vivimos es totalmente inviable. Esta constatación ha traído como consecuencia una crisis de la fe ciega que por siglos se tuvo en la ciencia y la tecnología como respuestas omnímodas a todos los problemas del ser humano. Cada vez se hace más necesario el buscar nuevos consensos para construir una sociedad que sea verdaderamente sustentable.

Frente al desencanto con la razón secular, no es extraño que la humanidad se vuelva hacia el patrimonio espiritual que constituyen las diversas tradiciones religiosas. De manera providencial, la existencia de un mundo cada vez más pluralista, donde conviven seguidores de las más diversas religiones, en sociedades cada vez más heterogéneas, facilita y exige la existencia del diálogo para la búsqueda del bien común.

En estos procesos, cada uno de los integrantes aporta lo mejor de su propia experiencia humana. Se buscan puntos de coincidencia, se trata de encontrar metas comunes. También se aprende a valorar mejor al otro, a enriquecerse con su aporte y, paradójicamente, a conocer y apreciar mejor la propia tradición, enriqueciéndola con nuevas perspectivas. Es importante que los cristianos estén concientes de su responsabilidad al participar en estos nuevos foros donde se decide el futuro de la humanidad.

La fe cristiana, como pudimos comprobar a través de nuestro recorrido, es por naturaleza dialogante. La praxis del creyente está llamada a reflejar la dinámica interna del Dios en que creen los cristianos, que es una comunidad de amor, y a seguir el testimonio y enseñanzas de Jesús de Nazareth. Jesús y el Evangelio se identifican. Jesús es la Buena Noticia encarnada. Se constituía en Buena Noticia para todos aquellos que lo encontraban. Los ponía en contacto con el Dios que él conocía, un Padre amoroso y comprometido con su creación. El contacto con el Señor implicaba una auténtica conversión, un cambio de dirección para mejorar la vida del creyente, llevándolo a conocer toda la potencialidad positiva de la que era capaz. Podríamos decir, siguiendo a Eric Fromm, que para los cristianos Dios está enamorado de su creación y específicamente enamorado del ser humano. Al ver a su creatura, no percibe tanto los accidentes que pueden haberla desfigurado, cuanto todo lo bueno de lo que es capaz. Dios se compromete en ayudar al ser humano a retomar el camino de humanización resumido en el proyecto del Reino. Podemos decir que Dios viene a consolar a la humanidad y a acompañarla en su camino de plenitud. Esas son las características de la Buena Noticia cristiana.

Como creyentes, estamos invitados a seguir la misión de Jesús. Estamos invitados a ser “enamorados” del mundo, a descubrir en cada persona, en cada tradición religiosa, lo mejor que hay en ellas, a ser convertidos por esa experiencia, a comprometernos porque se manifieste, de manera concreta, lo mejor que hay en el otro. Estamos llamados a “consolar al mundo”. En la medida en que logremos este cometido, en que seamos transformados por él y ayudemos a la transformación de los demás, habremos cumplido con nuestra misión de ser Buena Noticia.